El diminuto cuerpo de la víctima estaba abandonado en la cabina de la sala de urgencias. Los doctores, después de abandonar sus intentos de reanimación, se habían retirado con gravedad y arrastrado las cortinas de plástico alrededor de la cama. La totalidad de la estructura, de la organización y de las intenciones del hospital eran evitar la muerte. Cuando el esfuerzo fracasaba nadie quería verlo.

Las cortinas eran opacas. Harry Bosch parecía un fantasma cuando se aproximó y las separó para acceder. Entró en la cabina y permaneció sombrío y solo con el muerto. El cuerpo del chico no ocupaba ni un cuarto de la gran cama metálica. Bosch había trabajado en miles de casos, pero nada le afectaba como la visión de un cuerpo sin vida de un niño. Quince meses de edad. Los casos en los que la edad de los niños se contaba en meses eran los más difíciles de todos. Sabía que si lo pensaba demasido podría empezar a cuestionar todo, desde el significado de la vida hasta su misión en ella.

El cuerpo parecía estar sólo dormido. Bosch hizo un rápido estudio buscando algún hematoma o signo de accidente. El niño estaba desnudo y sin cubrir, su piel tan rosa como la de un recién nacido. Bosch no vio signos de traumas excepto una vieja raspadura en la frente.

Se puso unos guantes y con mucho cuidado movió el cuerpo para inspeccionarlo desde todos los ángulos. Su corazón dio un vuelco cuando lo hizo, pero no vio nada sospechoso. Cuando hubo acabado cubrió el cuerpo con la sábana (sin saber por qué) y se deslizó hacia atrás a través de las cortinas de plástico que rodeaban la cama.

El padre del chico estaba en una sala de espera privada junto a la entrada. Bosch quería por último reunirse con él, pero los paramédicos que habían trasportado el cuerpo había aceptado quedarse para ser interrogados. Bosch los buscó primero y encontró dos hombres (uno viejo, otro joven; uno, tutor, otro, aprendiz) sentados en la atestada sala de espera de urgencias. Los invitó a salir fuera para que pudieran hablar en privado.

El calor seco del verano los golpeó tan pronto como las puertas de vidrio se abrieron. Era igual que caminar fuera de un casino en Las Vegas. se apartaron a un lado porque no querïan ser molestados; pero permanecieron en la sombra del pórtico. Se identificó y les dijo que necesitaría los informes escritos de su intento de rescate tan pronto como estuvieran completos.

-De momento, habladme sobre la llamada.

El veterano habló. Su nombre era Ticotin.

- El chico estaba ya en paro cardíaco cuando llegamos –comenzó.- Hicimos lo que lo pudimos, pero lo mejor era refrigerarlo y transportarlo, intentar traerlo aquí y ver qué podrían hacer los profesionales.

- ¿Le tomastéis la temperatura en la escena? Preguntó Bosch.

"Lo primero", dijo Ticotin. "Tenía 41,5. Debe figurarse que el chico tendría sobre 42,2 ó 42,7 antes de que llegásemos. No había manera de que se recuperara. No un crío pequeño como éste."

Ticotin sacudió su cabeza como si estuviera frustrado por haber sido enviado a rescatar a alguien que no podía ser rescatado. Bosch asintió cuando sacó su agenda y anotó el dato de temperatura.

- ¿Sabe qué hora era?, preguntó.

-Llegamos a las 12 y 17 minutos, por tanto podría decir que tomamos la temperatura no más de tres minutos más tarde. Es lo primero que se hace. Es el protocolo.

Bosch asintió de nuevo y escribió la hora (12.20 p. m.) al lado de la temperatura. Levantó la vista y detectó un coche que llegaba rápidamente a la zona de urgencias. Aparcó y su compañero, Ignacio Ferras, bajó. Había ido directamente al lugar del accidente mientras Bosch había ido directamente al hospital. Bosch le hizo una seña. Ferras caminaba con ansiosa velocidad. Supo que tenía algo que comunicarle, pero Bosch no quiso que se lo dijera junto a los paramédicos. Lo presentó y volvió rápidamente a las preguntas.

-¿Dónde estaba el padre cuando llegasteis?

-Tenían al niño en el suelo de la puerta trasera, donde lo había llevado. El padre, en el suelo cerca de él, tenía una especie de colapso, gritando y llorando. Dando patadas al suelo.

-¿Dijo algo?

-No entonces.

-¿Cuándo entonces?

"Cuando tomamos la decisión de transportarlo y trabajábamos con el chico en el furgón, quiso venir. Le dijimos que no podía. Le dijimos que consiguiera que alguien de la oficina lo llevara.

-¿Cuáles fueron sus palabras?

- Sólo dijo, "Quiero ir con él. Quiero estar con mi hijo.", algo así.

Ferras movió su cabeza como si estuviera apenado.

-¿A qué hora habló sobre lo que había sucedido? Preguntó Bosch.

Ticotin observó a su compañero, que sacudió su cabeza.

"No". Dijo Ticotin. "No lo hizo."

"Entonces, ¿cuándo os informasteis de lo que había pasado?"

-"Bueno, al principio lo escuchamos en el despacho. Uno de los trabajadores de la oficina, una mujer, nos lo dijo cuando llegamos. Ella nos guió a la parte de atrás y nos lo dijo a lo largo del camino."

Bosch pensó que tenía todo lo que iba a conseguir, pero entonces pensó en algo más.

"¿Se os ocurrió comprobar la temperatura exterior del aire en ese lugar?"

Los dos paramédicos se miraron uno a otro y luego a Bosch.

"No lo pensamos.", dijo Ticotin, "pero pero debía ser 35 como mínimo, con el viento de Santa Ana pegando así. No tecuerdo un junio tan caluroso."

Bosch recordó un mes de junio que pasó en la jungla, pero no iba a entrar en ello. Dio las gracias a los paramédicos y los dejó volver a su guardia. Guardó su agenda y miró a su compañero.

-OK. Cuéntame sobre la escena, dijo.

-Vamos a presentar cargos contra este tío, Harry.- Dijo Ferras de forma imperativa.

-¿Por qué? ¿Qués has encontrado?

-No se trata de lo que he encontrado. Es sólo porque es un niño, Harry. ¿Qué clase de padre podría dejar que sucediera esto? ¿Cómo pudo olvidarlo?

Ferras había sido padre por primera vez seis meses antes. Bosch lo sabía. La experiencia había hecho de él un padre profesional, y cada lunes volvía a la brigada con una nueva pila de fotos. Para Bosch el niño parecía idéntico semana tras semana, pero no para Ferras. Estaba encantado siendo padre, teniendo un hijo.

-Ignacio, tienes que separar tus propios sentimientos sobre ello de los hechos y las pruebas, ¿vale? Lo sabes. Cálmate.

-Lo sé, lo sé. Es sólo que... ¿cómo pudo olvidarlo?

-Ya. Lo sé, y vamos a tenerlo en cuenta. Dime qué encontraste allí. ¿Quién te ha hablado de ello?

-El jefe de personal.

-¿Y qué te dijo él?

-Es un mujer. Dijo que él llegó por la puerta de atrás poco después de las diez. Todos los agentes de ventas aparcan atrás y usan la puerta trasera- Por eso nadie vio al niño. El padré entró, hablaba por el móvil. Luego colgó y preguntó si había recibido un fax, pero no había nada. Entonces hizo otra llamada, y ella le oyó preguntar dónde estaba el fax. Aguardó que llegara.

-¿Cuánto tiempo esperó?

-Ella dijo que no mucho, pero el fax era una oferta de compra. Llamó al cliente y empezó un intercambio entero de llamadas y faxes, y olvidó completamente al niño. Fue por lo menos dos horas, Harry. ¡Dos horas!

Bosch casi podía compartir la ira de su compañero, pero había estado en misión un par de décadas más que Ferras y sabía cómo controlarla cuando debía y cuándo dejarla escapar.

-Harry, hay algo más.

-¿Qué?

-El niño tenía un problema.

-¿La jefa vio al niño?

-No, quiero decir siempre. Desde que nació. Ella dijo que era una pequeña tragedia. Era discapacitado. Ciego, sordo, un conjunto de problemas. Tenía quince meses y no podía andar, incluso ni podía gatear. Sólo lloraba un montón.

Bosch asintió como si intentara conectar esta información con todo lo demás que sabía y había reunido. Justo en ese momento, otro coche llegó velozmente al aparcamiento. Entró en la rampa de ambulancias frente a la puerta de urgencias. Una mujer saltó fuera y corrió hacia urgencias dejando el coche encendido y la puerta abierta.

-Probablemente sea la madre, dijo Bosch. Mejor vamos hacía allá.

Bosch comenzó a trotar hacia la puerta de urgencias y Ferras lo siguió. Fueron a través de la sala de espera y hacia un pasillo, donde el padre había sido situado en una sala de espera privada.

Cuando Bosch se acercó no escuchó ningún grito o llanto o golpes, algo que no podría haberle sorprendido. La puerta estaba abierta, y cuando dobló hacia dentro vio a los padres del niño muerto abrazándose, pero ningúna lágrima en sus caras. La impresión inicial de Bosch, en una fracción de segundo, fue de estar viendo alivio en sus jóvenes rostros.

Se separaron cuando vieron a Bosch entrar, seguido por Ferras.

-¿Señor y señora Helton?, preguntó.

Asintieron al unísono, pero el hombre corrigió a Bosch.

-Soy Stephen Helton, y ésta es mi mujer, Arlene Haddon.

-Soy el detective Bosch del Departamento de Policía de Los Angeles, y éste es mi compañero, detective Ferras. Sentimos mucho la pérdida de su hijo. Nuestro trabajo ahora es investigar la muerte de William y saber exactamente qué le sucedió.

Helton asintió cuando su mujer se acercó a él y apoyó su cara en su pecho. Algo silencioso se transmitió.

-¿Tiene que ser ahora?, preguntó Helton. Acabamos de perder a nuestro precioso pequeño.

-Sí, señor, ahora hay que hacerlo. Se trata de una investigación por homicidio.

-Fue un accidente –protestó Helton débilmente. Por mi culpa, pero fue un accidente.

-De momento es una investigación por homicidio. Nos gustaría hablar con ustedes privadamente, sin las intromisiones que ocurrirían aquí. ¿Les importaría venir a la central de policía para ser interrogados?